

Lluvia

Querido Hermano:

Hoy el paisaje se acuesta bajo el aliento gris del invierno. El horizonte llega a los ojos alumbrado, desnudo, y tu recuerdo parece dormirse, como si ya fuera imposible que volvieras de ese país tan ancho que un día quisiste doblegar.

«Me voy dos meses a Alemania, a hacer mundo», le dijiste a Mariana. «Y cajón para casarnos», añadiste ante su mirada entristecida.

¡Cómo sufrió la pobre! Para ella, Alemania sonaba como algo lujoso que quedaba más allá de América o de Australia. ¡La ibas a olvidar! ¡Las alemanas son muy altas y rubias y no le tienen piedad a Dios!, creo que pensaba, aunque ya sabes que tengo poca experiencia en saber lo que piensan las mujeres. Sólo conozco a las heroínas de los libros. A los tullidos no nos mira nadie, ni las gárgolas de la torre.

Se la veía arrastrar esa tristeza que lucen los caballos de plaza de toros. Llevaba sus manos regordetas siempre cerradas, como si empuñase tu recuerdo, y esos ojos de barro que tiene, arrastrados por la tierra. Nadie comprendía que tú, el más apuesto de los mozos, te fijaras en ella. «Esa chica no tiene ninguna gracia especial», decía nuestra madre.

¡Si hubieras visto sus ojeras, azules como lilas marchitas! Se le hincharon de tanto mirar las puestas de sol. Y la boca, ¡señor!, siempre reseca por el aire cortante de la sierra. Esa boca que le terminaba en un hoyuelo a cada lado de la comisura cuando a la Virgen del Remedio le daba por hacer un milagro y se la veía sonreír, casi con vergüenza, como si sintiera que no tenía derecho a ser feliz lejos de ti.

Una tarde me la encontré en el camino del río. Creo que lloraba, aunque no estoy muy seguro porque llovía a cántaros y sólo el olor y el sabor a mar, que yo hubiera querido lamer, delataban sus lágrimas; pero el pelo, ese pelo negro y rizado, que cuando hace viento se le arremolina en la nuca igual que un diablillo, aquella vez le caía por los hombros y el cuello, serpenteando como un puñado de alevines recién pescados. No sé lo que me dijo, parecía enfadada contigo; es que no la escuché porque la blusa se le pegaba al talle y yo no podía acordarme de ti, ni de mi nombre, hermano.

Llegó un día que ya no me era posible respirar sin pensar en sus ojeras azules y en sus labios reseco. Y tú allí, tan lejos... Entonces iba para dos años tu olvido. No hacía más que repetir para mis adentros que estarías trabajando a destajo. Que el saco de duros lo querías traer bien gordo para organizar en el pueblo una boda como la del señorito, de tres días con sus tres noches. Otras veces, me preguntaba si tal vez había una rubia muy alta sin piedad de Dios y los duros para el casamiento te los gastabas en cerveza alemana, mientras aquí te esperábamos. Entonces me sentía como el árbol partido que anhela una tormenta muerta de sed, pero teme al viento y al tajo cruel del rayo.

El caso es que murió su padre, justo cuando la primavera despuntaba los primeros verdes del valle y las rojas torrenteras empezaban a resonar en las vaguadas, antes soberanas del silencio.

La vi distinta. Trabajaba sola los campos, con esas agallas que tienen las mujeres para aferrarse a la esperanza y sobrevivir entre sus huesos. Los domingos apenas salía de casa, enlutada, arreglada nada más que para la misa. No sé lo que me entró, como una rabia embrutecida de que el mundo sea tan grande y de que haya tanta soledad en el cielo y tanto honor entre los hombres.

Yo necesitaba muy poco, pero me puse de cabrero. Al principio, no me querían por la cojera. Todos pensaban en mi mano torpe, mi pierna flaca y estos movimientos que no logro controlar bien, pero les demostré que sí puedo ganarme los cuartos. Las cabras, tendrías que verlas, son más humanas que nadie, hasta me cogieron cariño y me obedecen mejor que a todos los pastores del pueblo, porque las trato con ternura y a veces hasta les leo poesía.

Mariana, a base de coraje y con mi ayuda, ha cogido un puestecito de verduras en la plaza y da gusto verla. Parece una de esas reinas africanas rodeada de frutas de vistosos colores. Ya ves, no me hace falta ver mundo, lo tengo aquí mismo.

Todos estos años la he amado en silencio, pensando que merecía algo mejor que un pobre pastor tullido. Rezaba para que regresaras y mantuve la distancia, esperándote.

¡Si vieras el amor en su cara cuando llegó tu telegrama anunciando que volvías!

Entonces comprendí lo que viste en ella. En sus ojos de barro, destellaban reflejos dorados. Sus manos regordetas eran plumas al acariciar el papel y su boca sonreía como una flor recién abierta. No es una chica normal, para mí es una heroína, como las de los libros.

Quizá porque a los dos ya nos están saliendo las canas, me he decidido a enviarte esta carta. Imagino que viajará en uno de esos trenes que echan mucho humo y hacen sonar bocinas estridentes escuchadas de un país a otro. Después, irá en el saco de un cartero soñador, de los que pedalean alegres por las calles alemanas. Esas avenidas nevadas llenas de luces, dulcerías y restaurantes lujosos. Igual que las postales de navidad.

Hay grandes formas de amar, como la mía, la única que conozco. Por favor, hazla feliz, no me falles. Y si ves que no vas a ser capaz, sé honesto. Te lo pido con un corazón que late entero, sin taras, como en el interior de todos los hombres buenos. Gracias, hermano.

Para cuando estas palabras te lleguen, yo remontaré despacio montes lejanos y dejaré que la lluvia caiga, fresca, quizá en algunos momentos, salobre, sobre mis hombros.